



XI.

LAS FIESTAS DEL BEY.

EN las regiones del Mediodía, de remota civilización, son ya raros los castillos históricos que se mantienen en pie. Apenas de trecho en trecho alguna que otra vetusta abadía alza en la ladera de una loma su fachada bamboleante y desmembrada, hendida de aberturas que fueron ventanales y hoy dan tan sólo al cielo, monumento de polvo, calcinado por el sol, procedente de la época de las Cruzadas ó las cortes de amor, sin el más leve vestigio humano entre sus piedras por las cuales ni trepan ya la hiedra ni el acanto, pero que perfuman el espliego y el tomillo. La quinta de Saint-Romans es entre tanta ruina una ilustre excepción. Si habéis viajado por el Mediodía, por fuerza la habréis visto y la reconoceréis desde luego. Alzase entre Valence y Montelimart, en un punto donde la vía férrea costea á pico el Ródano, al pie de las ricas colinas de Beaume, de Rancoule, de Mercurrol, aquel horno

caldeante de l'Ermitage que coge cinco leguas de cepas apiñadas, alineadas, cuyos sarmientos cabrillean á la vista y bajan brincando hasta la margen del río, el cual en aquella parte se ostenta verdoso y tachonado de islas como el Rhin por la de Bâle, pero con un chaparrón de sol que el Rhin no ha recibido en su vida. Saint-Romans se levanta frente por frente en la margen opuesta, y á pesar de la rapidez de la visión, á pesar del arranque disparado á todo vapor de los vagones que no parece sino que en cada revuelta quieran despeñarse furiosamente al Ródano, la finca es tan vasta, desplégase tan limpiamente allá en la orilla frontera, que parece como que sigue la carrera enloquecida del tren, y graba por siempre más en los ojos del viajero el recuerdo de sus rampas, de sus balaústres, de su arquitectura italiana, dos pisos de no alto techo que corona la línea de columnitas de una terraza, flanqueados por dos pabellones con cubierta de pizarra desde donde se dominan los altísimos taludes por los cuales rebota el agua de las cascadas, el laberinto de las avenidas enarenadas y ascendentes, la perspectiva de los inmensos setos terminados por alguna estatua blanca que se dibuja en el azul del cielo como en el fondo luminoso de un ventanal. En la parte alta, circuido de dilatadas pelusas cuya verdura brilla irónicamente bajo los ardores del clima, un cedro colosal estratifica sus crestadas verduras de negras y flotantes sombras, silueta exótica que, tiesa como está delante de aquella antigua mansión de un asentista de la época de Luís XIV, hace pensar en un gigantón negro que llevase el parasol de algún magnate de la corte.

De Valence á Marsella, por todo el valle del Ródano, Saint-Romans de Bellaigue tiene tanta nombradía como un palacio encantado; y la verdad es que no parece otra cosa, en tierras como aquellas tostadas por el mistral, un oasis de verdura y de aguas corrientes tan soberbio.

— Cuando sea rico, mamá, decía Jansoulet cuando chiquillo á la suya en quien adoraba, te he de regalar Saint-Romans de Bellaigue.

Y como la vida de aquel hombre parecía la realización de un cuento de *Las mil y una noches*, como no había en él deseo que no se cumpliera, aun el más exorbitante, y como sus quimeras más locas venían á tenderse á sus plantas, á lamerle

las manos á modo de gozquecillos familiares y sumisos, había comprado Saint-Romans, para regalárselo á su madre, amueblado de nuevo y restaurado magníficamente. Aun cuando de esto cumplían ya diez años, todavía la buena mujer no se había acostumbrado á quella soberbia instalación. «Lo que tú me has dado es el palacio de la reina Juana, escribía á su hijo; no me atreveré nunca á vivir en él.» Y con efecto no se decidió nunca, contentándose con ocupar la casa del administrador, un pabellón de construcción moderna, sito en el linde de la parte de finca destinada á recreo para vigilar la casería y cortijo, los corrales y molinos de aceite, con su campestre horizonte de trigales, olivares y viñedos que se dilatan por la meseta hasta perderse de vista. Metida en la quinta, hubiérase creído presa en una de esas mansiones encantadas donde uno se aduerme en plena ventura para no despertar hasta después de siglos. Aquí, á lo menos, la pobre campesina, que no había sabido habituarse á tan colosal fortuna, sobrevenida demasiado tarde, de demasiado lejos y con la instantaneidad del rayo, sentíase amarrada á la realidad por el trasiego de los jornaleros, el entrar y salir del ganado, los paseos de éste á los abrevaderos, toda aquella vida pastoril que la despertaba con el acostumbrado canto del gallo, con el chillido agudo de los pavos reales, y le hacía bajar antes del alba la rústica escalera del pabellón. No se consideraba más que como una depositaria de aquel magnífico inmueble el cual custodiaba por cuenta de su hijo y quería restituírle en buen estado el día que, considerándose ya suficientemente rico y cansado de vivir entre los *moros*, fué, según le tenía prometido, á vivir con ella á la sombra de las arboledas de Saint-Romans.

Así no cabe imaginar cómo era de universal y de incansable su vigilancia.

En lo más crudo del invierno, los mozos oían su voz enronquecida y apagada:—¡Olivier... Peyrol... Audibier... arriba!... ¡Son las cuatro!—Luégo se dejaba caer en la inmensa cocina donde las criadas, cayéndose de sueño, calentaban la sopa á la lumbre clara y chisporroteadora de los troncos. Tomaba su platito de tierra roja de Marsella lleno de castañas hervidas, frugal almuerzo de sus malos tiempos que por nada del mundo hubiera cambiado. En seguida, hétela triscando á

grandes zancadas, con su grueso llavero de plata en el cinto, en el cual tintinaban todas sus llaves, el plato en la mano, y la rueda asomando en ristre por debajo de su brazo, porque hilaba desde la mañana á la noche y ni aun para comer sus castañas hacía alto en la labor. De paso, una ojeada al establo, negro todavía, donde las bestias se agitaban perezosamente, al ahogado pesebre cuya puerta estaba erizada de hocicos estirados é impacientes; y los primeros albos, al deslizarse por los basamentos de piedra que sostenían los terraplenes del parque, veíanla correr bajo el rocío con la presteza de una joven, á pesar de sus setenta años, inventariando punto por punto cada madrugada las preciosidades todas del patrimonio, temerosa de que la noche se hubiese llevado los jarrones y las estatuas, ó arrancado de raíz las seculares arboledas, ó sorbido las fuentes que se desgranaban en sus resonantes tazas. Más tarde, el sol de las doce, vibrante y zumbador, proyectaba todavía en la arena de una avenida, en el blanco muro de una terraza, aquella envarada figura de anciana, tiesa y enjuta como su rueda, recogiendo pedazos de madera seca, quebrando una rama de arbusto mal alineada, sin miedo á la ardiente reverberación que resbalaba por su piel dura como por la piedra de un banco viejo. Á esa misma hora, poco más ó menos, dejábase ver también por el parque un nuevo paseante, menos activo, menos bullicioso, que más que andar se arrastraba, apoyándose en los muros, en las balaustradas, un pobre infeliz, encorvado, tambaleante, baldado, rostro desvaído y sin edad, mudo siempre, y que, cuando estaba cansado, daba un leve grito plañidero al criado que le seguía constantemente, el cual le ayudaba entonces á sentarse, á acurrucarse en algún escalón donde se pasaba hora tras hora, inmóvil y sin decir nada, la boca abierta, los ojos pestañeando, mecido por la estridente monotonía de las cigarras, mancha de humanidad en la esplendidez del horizonte.

Era aquel el *mayor*, el hermano de Bernardo, el niño mimado del padre y de la madre Jansoulet, hermosura, inteligencia, gloriosa esperanza de la familia del hierro-vejero quien, fiel como tantos otros en el Mediodía á la superstición del derecho de primogenitura, había hecho toda suerte de sacrificios para mandar á París á aquel muchachuelo ambicioso,

admiración de todas las mozas del pueblo, que había partido con cuatro ó cinco bastones de mariscal en la maleta, y que París—después de haber majado, torcido, estrujado durante diez años consecutivos en su tremenda cuba aquella buena pieza meridional, de haberle pasado por todos sus vitriolos, revolcado por todos sus lodazales—acabó por devolver hecho un pingajo, un girón, embrutecido, paralítico, después de haber matado á pesares á su padre y obligado á la madre á vender los cuatro trastos que tenía y á vivir ayudando á las faenas de los criados en las casas acomodadas del país. Por fortuna, á la sazón en que aquella ruina de los hospitales parisienses, reimpatriado por la caridad pública, se dejó caer en Bourg-Saint-Andéol, Bernardo—el que llamaban *Cadet* como acontece en las familias meridionales semi-árabes en que el mayor toma siempre el apellido de familia, y el menor el de *Cadet*—Bernardo estaba ya en Túnez, en camino de hacer fortuna, y mandaba dinero con regularidad á la familia. Pero qué de remordimientos para la pobre mamá al ver que todo, incluso la vida y el bienestar de aquel desgraciado enfermo, se lo debía al chico robusto y animoso por quien tanto ella como el padre no habían sentido más que un amor sin ternura, á quien, desde la edad de cinco años, se habían acostumbrado á tratar como un mozo de cordel, porque era fuerte, crespo y feote, y entendía como ninguno en el tráfico de hierro-viejo. ¡Ah! ¡Cómo hubiera deseado tenerle junto á sí, devolverle una parte del bien que le hacía, saldar de una sola vez las cuentas atrasadas de ternura, de mimos maternos que con él tenía pendientes!

Mas ¡qué remedio! esas fortunas de príncipe están sujetas á las cargas, á las amarguras de la vida de los príncipes. La pobre madre Jansoulet venía á ser en aquella deslumbradora mansión una verdadera reina, obligada á conocer los destierros prolongados, las separaciones crueles y las pruebas que son el contrapeso de la grandeza; de sus dos hijos, el uno condenado á idiotez perpetua; el otro, embebecido en sus considerables negocios, escribiendo apenas, diciendo siempre: «Iré», y no yendo nunca. En el espacio de doce años, una sola vez le había visto, y aun aquella, envuelto en el torbellino de una visita del Bey á Saint-Romans: un desbordamiento de caballos, de carretelas, de petardos, de fiestas.

Luégo había desaparecido detrás de su monarca, sin tiempo apenas de abrazar á su anciana madre, la cual, de aquella gran alegría con tanta impaciencia esperada, no había conservado más que algunos dibujos de periódicos que representaban á Bernardo Jansoulet al llegar al castillo con Ahmed y hacer la presentación de su anciana madre—ni más ni menos que los reyes y reinas cuyas efusiones de familia se encargan de perpetuar en ilustración los periódicos del ramo—con más un cedro del Líbano traído del otro confín del mundo, un gigantón, de transporte tan caro, tan dificultoso como el obelisco, izado, asentado á fuerza de brazos, de dinero y de yuntas, y que durante largo tiempo tuvo echado á rodar el arbolado todo por el solo gusto de erigir un recuerdo conmemorativo de la visita regia. Á lo menos con el viaje de ahora, sabiendo que venía á Francia por mucho tiempo, por siempre acaso, esperaba tener á su Bernardo para sí sola. Pero héte que de la noche á la mañana comparece, circundado de la misma gloria triunfal de la otra vez, del mismo aparato oficial, con una nube de condes, de marqueses, de señores de París, que apenas caben ellos y sus criados en los dos grandes breaks que había mandado á esperarles en la pequeña estación de Giffas, orilla opuesta del Ródano.

—Vamos, un abrazo, querida mamá. No os deis vergüenza de apretar, pero fuerte, fuerte, contra vuestro corazón, á vuestro chico que tantos años há que no habéis visto... Todos estos señores son amigos nuestros... Ahí tenéis al señor marqués de Monpavon, al señor marqués de Bois-l'Héry... ¡Ah! qué diferencia de cuando os traía á casa á comer la sopa de habas á Cabassu y á Bompain, Juan Bautista... ¿Conocéis al señor de Géry?... Con mi buen Cardailhac á quien os presento, tenéis la primera hornada... Ya irán viniendo los demás... Preparaos para un zafarrancho de mil demonios... Dentro de cuatro días vamos á recibir al Bey.

—¡Otra vez al Bey!... dijo la buena mujer despavorida. Creía que había muerto.

Jansoulet y sus convidados no pudieron menos que reirse al ver aquel cómico azoramiento acentuado por la entonación meridional.

—Pero, mamá, si es otro... Nunca faltan beyes... Y por fortuna, ¡voto va!... Pero estad tranquila. Esta vez el trasiego

no será tanto... El amigo Cardailhac se encarga del arreglo. Vais á ver unas fiestas de rechupete... Y ahora, á comer y á dormir... Nuestros parisienses están rendidos.

—Todo está á punto, contestó sencillamente la anciana, envarada y tiesa bajo su cofia de barbas amarillentas que no dejaba nunca, ni aun en las grandes festividades.

Á ella sí que la fortuna no la había cambiado. Seguía siendo la campesina del valle del Ródano, independiente y altiva, sin ninguna de las bajezas socarronas de los campesinos que pintó Balzac, y harto sencilla al propio tiempo para sentir el desvanecimiento de la riqueza. Su solo orgullo estribaba en que su hijo viese con cuánto cuidado, con cuánta meticulosidad había desempeñado su cometido de guardiana. Ni un átomo de polvo, ni el más leve descostrado en las paredes. Todo aquel espléndido piso bajo que corría á lo largo del frontis, los salones con sus cambiantes sederías desenfundadas á última hora, las espaciosas galerías de verano soladas con mosaico, frescas y sonoras, por las cuales se tendían con coquetería estival los canapés Luis XV bordados y floridos á la antigua usanza, el comedor inmenso henchido de plantas y de flores, la misma sala de billar con sus ringleras de reluciente marfil, sus aparatos de iluminación y sus panoplias, todo se mostraba á la admiración de los recién venidos, al través de las puertas-ventanas abiertas de par en par á la desahogada gradería señorial, y cambiaba por los resplandores naturales de aquella puesta de sol maravillosa los de su riqueza serena y apacible, reflejada en las lunas de los espejos, en la cera ó el barniz de los pavimentos, con la limpieza con que el cristal de los estanques desdoblaba los álamos inclinados el uno hacia el otro, y los cisnes que nadaban suavemente. El cuadro era tan bello, tan grandioso el aspecto general, que el lujo chillón y desconcertado se desvanecía, desaparecía á los ojos más sutiles.

—¡Hay pasta, hay pasta!... dijo el empresario Cardailhac, terciado el sombrero, apuntado el anteojo y calculando ya su combinación escénica.

Y una sonrisa de asentimiento vino á borrar el mohín malhumorado de Monpavon á quien había hecho muy poca gracia la cofia de la anciana recibiendoles en el vestíbulo. Sí, había pasta y en grande, y bajo la dirección de gente perita,

su amigo Jansoulet podía hacer á la alteza mogrebita un recibimiento tal cual. Este fué el tema de conversación durante toda la velada. De codos en la mesa, en el suntuoso comedor, bien forrados por dentro y con una más que regular temperatura, se entretenían discutiendo, combinando. Cardailhac, que veía las cosas en grande, tenía ya trazado su plan.

—Ante todo, carta blanca, ¿verdad, Nabab?

—Carta blanca. Y que Hemerlingue reviente de rabia.

Y entonces el empresario desarrollaba su proyecto, la fiesta dividida en jornadas como en Vaux, cuando Fouquet recibió á Luis XIV; un día comedia, el segundo las fiestas á la provenzala, farándulas, toros, músicas del país, el tercer día... Y en su manía de empresario, bosquejaba programas, anuncios, al tiempo que Bois-l' Héry, arrellanado en su asiento, con las manos en los bolsillos, calado el puro á un lado de su boca fisgona, echaba un sueño; y que Monpavon, por su lado, siempre de ceremonia, estiraba á cada punto su pechera para no dormirse.

Á poco de llegados, de Géry se había ido por las suyas. Habíase refugiado al lado de la anciana que le conocía, así como á sus hermanos, desde muy jóvenes, en el saloncito del pabellón, adornado modestamente con cortinas blancas, de paredes claras cubiertas de estampas, donde la madre del Nabab se complacía en hacer revivir su pasado de menestrala con auxilio de unas pocas reliquias salvadas del naufragio.

Pablo departía tranquilamente frente á la respetable anciana de facciones correctas y severas, cabellos canos y amasados como el cáñamo de su rueca, y que mantenía enhiesto sobre la silla su busto plano fajado en un chal verde, pues en su vida había reclinado su espalda en los barrotes de silla alguna, ni sabía lo que era un sillón. Él la llamaba Francisca, ella señor Pablo. Eran antiguos amigos... y ¿á qué va que adivináis de qué hablaban? De sus nietos, de los tres muchachos de Bernardo que ella no conocía y que tanto hubiera deseado conocer.

—¡Ah, señor Pablo! si supiéseis cuánto me tarda... Me hubiera hecho tan dichosa si me los hubiese traído, pobres chiquitines, en lugar de todo ese señorío... Figuráos que no les he visto nunca, más que en los retratos que están allí... La madre me da un poco de miedo, es toda una gran señora,

una señorita Afchin... Pero ellos, pobrecitos, segura estoy de que no son fachenderos, y que querrían mucho á su baba... Me parecería ver en ellos á su padre cuando pequeñito, y les pagaría todo lo que dejé de dar al padre... Porque ¿á qué negarlo, señor Pablo? los padres no siempre son justos. Siempre hay preferencias. Pero Dios sí que es justo. Los que más una se ha muerto para componer y aderezar en perjuicio de los restantes, viene luégo nuestro Señor y se encarga de arreglarles las cuentas... Y muchas veces las preferencias de los viejos son fatales para los jóvenes.

Y la buena anciana suspiró volviendo los ojos hacia la alcoba, cuyos altos lambrequines y colgantes cortinajes dejaban pasar á intervalos un prolongado resuello tembloroso, como el adormecido lamento de un niño, á quien se ha pegado y que ha llorado mucho tiempo...

Un andar pesado por la escalera, una voz gruesa que decía en tono quedo y cariñoso: «Soy yo... no os mováis,» y apareció Jansoulet. Ya acostado todo el mundo, como él sabía las costumbres de su madre, y que la lámpara de su cuarto era la última en apagarse, venía á verla, á conversar un poco con ella, á darle aquel verdadero saludo de corazón que no habían podido cambiar delante de la gente. «No os vayáis, querido Pablo; ya sabéis que sois de los nuestros.» Y como un niño, al hallarse en presencia de su madre, echó á sus plantas por el suelo su colosal humanidad con un mimo de actitudes y de palabras realmente enternecedor. También ella estaba contentísima de tenerle tan cerca, pero, así y todo, sentíase algo violenta, porque él, para ella, era en cierto modo un sér todopoderoso, extraordinario, que tomaba á sus ojos sencillos las proporciones de un Olímpico circundado de rayos y de truenos, y en posesión de la plenitud de poder. Haciale preguntas, informábase de si seguía tan contento de sus amigos, de sus asuntos, pero sin atreverse á dirigirle la pregunta que había dirigido á de Géry: «¿Por qué no me han traído los niños?» Jansoulet se le anticipó.

—Están á pensión, mamá... así que vengan las vacaciones os los mandaré con Bompain... Ya sabéis quién quiero decir, Bompain, Juan Bautista... Y los tendréis un par de meses. Vendrán á importunaros para que les contéis cuentos, y se dormirán con la cabeza en vuestro delantal, así, de esta manera...

Y poniendo su cabeza crespada, pesada como un lingote, en el regazo de la vieja, recordando las horas buenas de su infancia en que se dormía de aquella manera cuando se lo permitían, cuando la cabeza del mayor no ocupaba todo el puesto, Jansoulet, por primera vez desde su regreso á Francia, gozaba unos minutos de un descanso delicioso, fuera de su vida ficticia y agitada, pegado á aquel viejo corazón de madre que oía palpar á intervalos regulares como los del péndulo del centenario reloj adosado á un rincón del cuarto, en aquel profundo silencio de la noche y del campo que se siente cernerse por el espacio sin límites... De pronto se dejó oír en el fondo de la alcoba aquel prolongado suspiro de niño que se ha dormido sollozando. Jansoulet levantó la cabeza, miró á su madre y en voz baja:

—¿Es por ventura...

—Sí, contestó ella, le hago dormir allá... De noche podría necesitar de mí.

—Quisiera verle, abrazarle.

—¡Ven!

La anciana se puso en pié con gravedad, tomó la luz, fuése á la alcoba, recorrió poco á poco la cortina, é hizo seña á su hijo de que se acercase sin hacer ruido.

Dormía... Y sin duda revivía en él, durante el sueño, algo que no había en él cuando despierto, porque en vez de la lacia inmovilidad en que estaba sumido todo el día, experimentaba en aquel entonces grandes sobresaltos que le removían, y en su rostro, apagado é inerte, se dibujaba una contracción de sufrimiento, una arruga de vida dolorosa. Jansoulet contempló con emoción aquellas facciones enflaquecidas, ajadas, terrosas, en que la barba, usurpando toda la energía vital del cuerpo, crecía con sorprendente vigor, luégo se inclinó, acercó sus labios á la frente humedecida por el sudor, y sintiendo que se estremecía, dijo en voz queda, respetuosamente, como se habla al jefe de la familia:

—Buenas noches.

Acaso desde el fondo de su limbo tenebroso y abyecto le oyó el alma cautiva. Lo cierto es que se agitaron sus labios, y contestó con un gemido prolongado, un lamento como de lejos, desesperada efusión que hinchó de lágrimas impotentes la mirada que se cruzó entre la madre y el hijo, y arrancó á

entrambos un mismo grito, eco de un dolor común: «Pecaire,» fórmula local de toda compasión, de todo enternecimiento.

Al siguiente día, desde la madrugada, empezó el jolgorio con la llegada de comediantas y comediantes, una avalancha de gorras de viaje, de trenzas, de botas altas, faldas cortas, gritos estudiados, velos flotantes y mejillas llenas de afeites; las mujeres predominaban porque Cardailhac había pensado que para un Bey el espectáculo sería lo de menos, que lo que importaba era que fuesen lindas las bocas aunque las notas no fuesen de lo mejor, y aprovechando la fácil ligereza de ropas de la opereta, exhibir un buen muestrario de brazos bonitos y piernas bien torneadas. No hay que decir, pues, que allí estaban todas las celebridades plásticas de su teatro, con Amy Ferat en persona, una bribonaza que había roído ya con sus diente-cillos el oro de una porción de coronas; con más dos ó tres graciosos de primera fuerza, cuyas caras sin color estampaban en el verdor de la arboleda manchas espectrales y lapizosas parecidas á las del yeso de las estatuas. Todo aquel enjambre, despabilado por el viaje, por la sorpresa del aire libre y por aquella hospitalidad á pedir de boca, sin contar con la perspectiva de pescar tal cual ganga en el próximo río revuelto de Beyes, de Nababs y de tanta gente forrada, no quería otra cosa que solazarse y armar gresca y cantos con el endiablado entusiasmo de una flota de remeros del Sena al sentar el pié en tierra firme. Pero Cardailhac lo entendía de otra suerte. Luégo de llegados, hecho un pequeño refrigerio por fuera y por dentro, vengan los papeles y á ensayar! No había tiempo que perder. Los ensayos se verificaban en el saloncito vecino á la galería de verano en la cual comenzaba á arreglarse el teatro; y el ruido de los martillos, las arietas de las coplas de revista de año, las menguadas voces sostenidas por el crin-crin del director de orquesta mezclábanse con los trompetazos estridentes de los pavos posados en sus perchas, dilatábanse por el mistral, el cual, no reconociendo la matraca impertinente de sus cigarras, echaba de sí con desdén todo aquel galimatías por la punta rozagante de sus alas. Cardailhac, sentado en el centro

de la gradería como en el proscenio de su teatro, á la vez que vigilaba los ensayos, dirigía un ejército de obreros, de jardineros, hacía derribar los árboles que perjudicasen la perspectiva, dibujaba el perfil de los arcos de triunfo, remitía telegramas y propios á los alcaldes y subprefectos, á Arlés para que prepararan una comisión de muchachas del país en traje nacional, á Barbantane, tierra de los mejores farandulistas, á Faramán, renombrado por sus manadas de toros bravos y de caballos camarguenses; y como al pié de todos esos mensajes fulguraba el nombre de Jansoulet, y como, además, también en todos se hacía mérito del Bey de Túnez, todos se apresuraban á cumplir lo que se les pedía, los hilos telegráficos no paraban, pululaban los emisarios por los caminos á reventacaballo, y aquella especie de Sardanápalo en miniatura de Porte-Saint-Martin á quien llamaban Cardailhac, repetía á cada punto: «Hay pasta, hay pasta», feliz de poder tirar el oro al aire como puñados de simiente, de poder montar un escenario de cincuenta leguas á la redonda, toda esa Provenza cuyos inagotables recursos en materia de pintoresco conocía á fondo el bribón de parisiense como oriundo que era de ella.

Despojada de sus funciones, la anciana mamá no asomaba en parte alguna, reduciéndose á cuidar de la granja y de su pobre enfermo. Teníanla asustada aquella multitud de huéspedes, aquellos criados insolentes que apenas se distinguían de sus amos, aquellas mujeres de porte desvergonzado y libre, aquellos viejos afeitados que parecían malos curas, todo aquel atajo de locos que de noche se perseguían por los corredores arrojándose almohadones, esponjas mojadas, bellotas de cortinajes que arrancaban para hacerlas servir de proyectiles. De noche tampoco tenía á su hijo, obligado á hacer los honores á sus convidados cuyo número aumentaba á medida que se iban aproximando las fiestas: ni el recurso le quedaba de hablar de sus nietos con «el señor Pablo» á quien Jansoulet, siempre bonachón y algo violentado por la formalidad de su amigo, había dejado por unos cuantos días al lado de sus hermanos. Y la hacendosa ama de casa á quien acudían á cada instante por las llaves de la ropa blanca, de algún nuevo aposento, de la plata guardada, pensando en sus hermosos rimeros de manteles bordados, en el saqueo de sus estanterías, de sus armarios, recordando de qué manera había quedado